

bre la instrucción? Un poco de moral y otro poco de historia ¿Pero qué moral? Falta que se diga. La sociedad será enteramente distinta si en su base colocáis una moral diferente.

Lepelletier Saint-Fargean, en su notabilísimo plan de educación leído en la tribuna por Robespierre es, respecto á este punto, deficiente, vago. Adopta, dice, las proposiciones del comité respecto á elección de textos; se darán á los alumnos principios de moral, y se grabará en su memoria las más bellas páginas de la historia de los pueblos libres.

Saint-Just en sus *Instituciones Políticas* no toca este punto. Se ocupa del marco de la educación, pero no del fondo. Ni una palabra de moral.

El proyecto de Lakanal, inspirado por Sieyes, presentado después del 9 Thermidor y votado por la Convención, no es más explícito sobre esta misma cuestión. Todos hablan de la forma exterior de la educación, pero nadie llega al fondo, á la substancia, al alma de la educación.

En esta incertidumbre sobre el principio moral, las discusiones necesariamente han de ser accidentadas. En la Convención no solo se exasperan las pasiones, si no que se fluctúa entre principios; no hay base fija y fuerte. La historia, á su costa, ha querido sistematizar, metodizar estas discusiones descosidas. No debe hacerlo. Debe seguirlas, pero no dejarse seducir por ellas, sin querer ser más sabia.

El día 16, á consecuencia de no sé que rumores de traición realista, de pacto con el extranjero, surgen dos acusaciones imprevistas.

Thuriot: «¡Muerte á quien atente contra la unidad de la República ó la de su gobierno, ó quiera desmembrar trozos de su territorio para unir á un territorio extranjero!»

La derecha, toda la Convención responde sin titubear á este grito de la Montaña.

La derecha pide por voz de Buzot que todos los Borbones sean arrojados de Francia, especialmente la rama de Orleans.

Indicó con precisión los peligros que existían para que esta rama subiera al poder.

De una parte sus amistades poderosas con Europa (quiero decir con Inglaterra), por otra sus esfuerzos para captarse la popularidad de Francia, con el nombre *Igualdad* que acababa de adoptar, su ambición, sus intrigas.

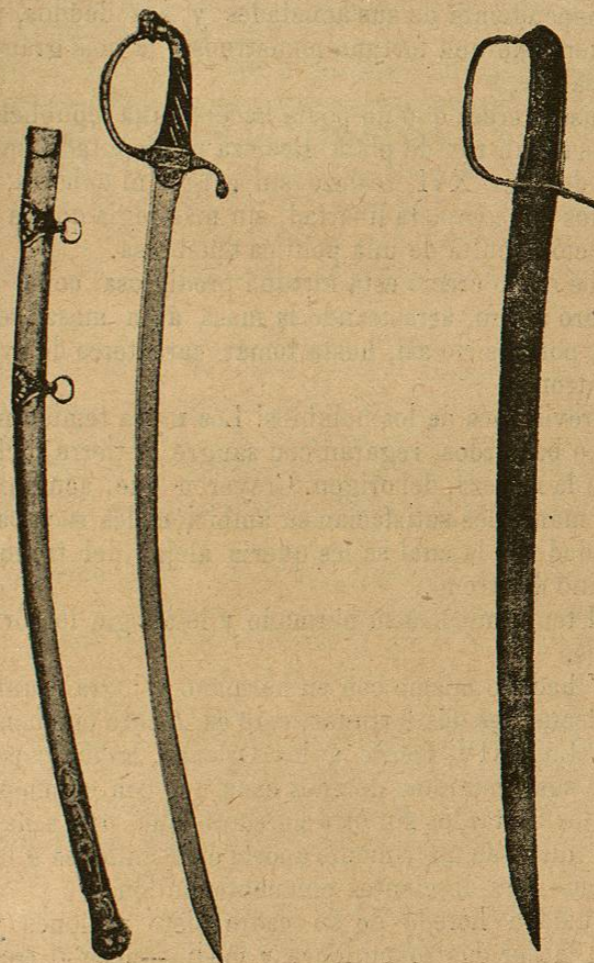
Louvet apoyó otra moción diciendo que no podía ver sin temor las armas en manos de los generales orleanistas (Dumouriez, Biron, Valence).

Buzot y Louvet, eran los órganos, ordinariamente, no de la Gironda en general, si no de la fracción Roland.

No encontraron ningún apoyo en los otros girondinos. Brissot creyó inoportuno un ataque en el que no se exceptuara á Dumouriez, el general afortunado, el hombre indispensable para el problema de Bélgica,

Petion y otros girondinos ó neutros, Barere, por ejemplo, tenían una razón personal para apoyar la casa de Orleans estando íntimamente relacionada con madama de Genlis. Las mujeres de esta casa parecían haberse dividido la obra de corrupción.

## ARMAS DE LA REVOLUCION



Sables de caballería é infantería (Museo Carnavalet.)

Madama de Genlis y su esposo influían en la Gironda. Madama Buffon, dueña del príncipe, tenía influencia sobre Danton, y por tanto, en la Montaña donde el mismo príncipe tomaba asiento.

La proposición de expulsión hecha por los rolandistas solos (no por todos los girondinos) tuvo el aspecto de un acto de hostilidad personal. La Montaña respondió en la misma forma, tomando represalias: «¡Dé-

bese expulsar á Roland!»—Y daban á entender que temían que el mismo Roland llegara á ser rey de Francia.

Respuesta verdaderamente ridícula, propia para que se dude de la sinceridad de quien la diera. Roland con su virtud y el genio de su mujer, no era aún un partido, ni una potencia en estos momentos en que la Gironda no les prestaba gran apoyo. Gozaron una época de popularidad y he aquí todo. Era insensato compararlo á la poderosa casa Orleans que, independiente de sus amistades y sus deudos, por el dinero solo, por la fuerza de una fortuna monstruosa, la más grande de Europa, era una realeza.

Era insensato creer que no podía hacerse una república mientras se tuviera por medio un rey de plata. Realeza no disputada, mucho más legítima que la de Luis XVI, realeza sin cargos ni deberes, disponía de todos los medios en completa libertad, sin más regla que la utilidad personal, la dirección oculta de una política tenebrosa.

No se sabe cómo creció esta fortuna prodigiosa, como poco á poco, atrayendo el oro al oro, arrastrando la masa á la masa, se formó una bola de nieve, por decirlo así, hasta tomar caracteres de avalancha que amenazaba al trono.

¡Vanas previsiones de los hombres! Los reyes temieron que sus hijos, legítimos ó bastardos, regaran con sangre la tierra luchando por la legitimidad de la realeza, del origen. Creyeron que, acumulando la propiedad en sus manos les satisfacían su ambición, les saciaban su avaricia. La propiedad por la cual se les quería alejar del trono era justamente el camino del trono.

Luis XIII tenía miedo á su hermano y lo ahoga, lo abrumba, concediéndole bienes.

Luis XIV hace lo mismo con su hermano y logra reunir este antepasado de Orleans, las dos fortunas, esto es, ciento cincuenta millones.

El mismo Luis XIV, frente á los Orleans, había constituido una potencia, la de sus bastardos, dotados cada uno con cincuenta millones. Se extinguen los bastardos sin otro heredero que una niña, la señorita de Penthièvre, que á su matrimonio aporta cien millones á la casa de Orleans, reuniendo esta doscientos cincuenta millones.

Felipe-Igualdad heredó de su padre siete millones y medio de rentas y de su mujer cuatro millones y medio—doce ó trece millones, según un cálculo muy moderado.

Fortuna disminuída indudablemente por la cantidad considerable de dinero que arrojó en la Revolución, pero aumentada por otra parte en especulaciones afortunadas, especialmente en la construcción del Palais-Royal.

*La regencia nada nos ha hecho gastar*, dicen los Orleans. El regente no puso ni un sueldo suyo á disposición del Estado, al contrario, hizo que su pupilo el rey dotara á sus hijas. *La Revolución del 93 no disminuye en nada su fortuna*. La señora de Orleans entra en po-

sesión de sus bienes personales el año 95 y su hijo encuentra el resto de la fortuna el año 1814, como bienes no vendidos ó como una indemnización. *La Revolución de 1830, finalmente, no disminuye tampoco su fortuna*. El rey, como se sabe, entrega todo su caudal á sus hijos en las Tullerías. *La Revolución del 48 tampoco tocó esta fortuna*. Ha creído ó hecho creer que esta riqueza de la que todo el mundo conoce el origen político sea una propiedad privada.

Este reino en un reino, exige, como puede comprenderse fácilmente, una administración complicadísima, gran número de criados, guardias, obreros, empleados. Solamente los guardacampos forman un ejército. Añadid la legión interminable de contratistas, comerciantes, pequeños acreedores en la dependencia de este poderoso deudor, que se divierte haciéndolos esperar, suspendiéndolos de su fortuna. Añadid otro pueblo, el de los aspirantes, que solicitan, esperan las vacantes que sobrevendrán.

Potencia enorme hoy, en el antiguo régimen y bajo la Revolución conservaba un carácter feudal. Este personal inmenso era, al contrario de hoy, inamovible. Se componía de familias hereditariamente empleadas en las mismas funciones. En regiones pequeñas y aisladas como el principado de Dombes y el ducado de Penthièvre el dinero tiene una fuerza tres veces poderosa; es el señor feudal, el rey y nada resiste á su influjo.

El duque, poseedor de tan grande fortuna, podía decir, sin duda, que era rey, hasta el extremo que no se preocupó de serlo antes de Francia. Nada indica tampoco seriamente que él soñara esto. Hizose revolucionario siguiendo consejos de mujeres y deseando vengar algunas ligerezas cometidas por la reina.

Quedó satisfecha su venganza, cuando el día 6 de Octubre, desde la terraza de su castillo de Passy la vió venir de Versalles en la mayor abyección, arrastrándose por el cieno, cautiva entre la carnavalesca confusión de hombres ebrios que juegan con cabezas cortadas, ensangrentadas. Es macabro, es horrible.

Esto calmó un tanto su espíritu. Su correspondencia con el rey es como la de un hombre que desea reconciliarse á toda prisa y á toda costa; toma miedo á la Revolución y escribe al rey servilmente. Expresamente hizo un viaje á las Tullerías para obtener la gracia y el perdón del rey. Este le habló seca y fríamente. La reina le volvió la espalda. Un servidor de ella, el caballero Goguelot (el Goguelot de Varennes), enardecido por la insolencia de todos, escupió sobre él en la escalera.

Su situación fué embarazosa. Sus trabajos para que la Constituyente le diera en dote una hija del rey (¡rasgo increíble de avaricia!) causaron en la opinión efectos deplorables y el duque de Orleans quedó como anulado. Arrojo al fondo de la Montaña, adoptando el extraño nombre de *Felipe-Igualdad*, que era como burlesca caricatura. Desde entonces se le dá este nombre.

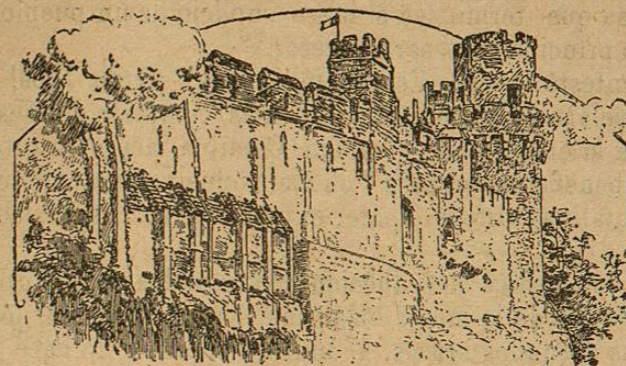
No era trabajo fácil ni hacedero defender en el 93 tan poderosa fortuna y Felipe-Igualdad!, dedicó á esto sus esfuerzos, sin ahorrar ningún medio. Primeramente se asió de Marat. Hizo el esfuerzo poderoso (esfuerzo penosísimo en él que no nació sanguinario) de votar por la muerte del rey. Total, salvó toda su fortuna y no perdió la cabeza. Esto es todo lo que quería.

El, por sí mismo, era muy poco temible, al contrario de sus hijos, nacidos con distintas condiciones de temperamento y diferentes tendencias. Vióse con qué habilidad manejaron los boletines de la guerra cuando lo de Valmy y Jemmapes para exagerar el valor de sus servicios. El esposo de la señora Genlis, Sillery, encontró medios para ser uno de los tres comisarios enviados al ejército después de la batalla de Valmy, y tantear el terreno entre los prusianos acerca de las probabilidades que los Orleans tendrían de ser reyes y el apoyo que merecerían á Europa.

Publicóse entonces, seguramente con el propósito de crear opinión, de atraer público á la causa, un curioso periódico del duque de Chartres, en el que el excelente discípulo de la señora Genlis le narraba diariamente, como si fuera su madre, todas sus bellas acciones: su visita á los hospitales, socorros hechos á los enfermos, un hombre que logró extraer del río cuando estaba casi ahogado, otro hombre que salvó del furor del pueblo, etc., etc.

Los Roland no se equivocaron en su juicio. Vieron en el joven duque un pretendiente. Creían que apenas muerto Luis XVI sería éste el dios salvador que surgiría entre la anárquica confusión en que iba á quedar el país. Logró el duque por medios hábiles y un tanto delicados afianzarse en la opinión. La equivocación de los Roland al suponer al duque de Chartres un conspirador, fué la de creer que en el complot figuraba de cuerpo entero la Montaña. Esta sociedad era tan inocente como la Gironda. Un girondino, Sillery, y un montañés, Danton quizás, fueron en otros tiempos orleanistas. Me hace dudar de esto todavía la fuerza, la insistencia con que Danton quiere revolucionar la Bélgica, á despecho de Dumouriez, su afán por republicanizar, sus anhelos para unir la Francia republicana, destruyendo la segunda ilusión de la casa Orleans.

Chabot apoyó á Igualdad diciendo que era representante. La Convención aplazó su acuerdo. El 19, después de una vivísima discusión, se decide la Gironda. Un girondino mismo inutilizó la obra de esta sociedad. Petion hizo descartar la proposición de Buzot y pidió que se aplazara todo hasta después del proceso del rey.



## CAPITULO X

**El proceso.—Defensa del rey.—Robespierre y Vergniaud  
(Diciembre 92)**

Los polacos piden socorro (30 Diciembre).—Conjura de los reyes contra Polonia.—La Revolución debió ser el proceso general de los reyes.—Defensa del rey (26 Diciembre).—El rey créese inocente.—El rey se cree siempre rey.—No puede existir otro juez que la Convención.—La Convención no sabe si juzga ó si falla inspirándose en medidas de seguridad.—Debió declarar que juzgaba por el derecho solo, no por el interés público y por la seguridad.—Los dos partidos hablan más del interés público que de la justicia.—Robespierre indica que la Convención es la que debe juzgar (27 Diciembre).—En nombre de la Montaña sostiene el derecho de las minorías.—Sombrios vaticinios de Vergniaud sobre las desgracias que ocurrirán después de la muerte del rey (30 Diciembre).

El día 30 de Diciembre, un polaco, miembro de la Asamblea Nacional, expuso ante la Convención la demanda de Polonia. Jamás pueblo alguno fué tan indignamente traicionado, vendido más vergonzosamente. Jamás se vió tan espléndidamente iluminado y demostrado el axioma de que los reyes son la perturbación de la moral y del derecho de las naciones. La realeza creando seres extraordinarios, extrahumanos, fuera de la naturaleza, los coloca también fuera de la moralidad, lejos del bien. Las terribles palabras de Saint-Just: *No hay nada de común entre el pueblo y el rey*, sintetizan la máxima no proclamada, pero practicada por los reyes: *Entre el rey y el pueblo no hay nada de común, ni justicia, ni piedad*.

Rusia el año 92, proclamándose protectora de la *libertad de Polonia*, fomenta en este desgraciado país una confederación de traidores que seducen á los inocentes y crédulos poloneses, creyendo en la generosidad del enemigo, al que se confía la esperanza de la independencia nacional.

Prusia y Austria, que la víspera alentaban las nobles aspiraciones de Polonia, prometiéndole su apoyo, vuélvense contra ella y la abandonan. El rey Poniatowski, deseoso de abdicar, pidió por toda gracia á la